



## UN TRATADO DE AUTOR\*

Alfredo Fierro

LECTURA

63

Marino Pérez. *Tratamientos psicológicos*  
Editorial Universitas, Madrid, 1996

El género “tratado” no ha tenido mucha fortuna en psicología, aunque algunos de los que fundaron o jalonaron con altos hitos la historia de una ciencia del comportamiento escribieron tratados memorables: hace ya más un siglo, William James; más tarde, Hull, Skinner, Piaget.

¿Qué es o a qué puede asemejarse un tratado de psicología? Si hubiera que elegir y señalar alguno, entre los que aun hoy sirven de obligada referencia, y con todo respeto para otras preferencias, podría colocarse como ejemplo *Ciencia y conducta humana*, de Skinner (1953 / 1969), un verdadero tratado, y no un simple manual, por un puñado de rasgos: por abarcar un ancho campo de conocimiento, en realidad, todo el ámbito del comportamiento, tanto en su génesis por condicionamiento y por aprendizaje, como en su morfología, desde la conducta individual del organismo hasta la planificación educativa y moral de una sociedad y una cultura; por desarrollarse con entera coherencia a partir de unos principios explícitamente formulados; por realizar, además, una completa y diáfana exposición de la materia e introducción a ella sin requerir del lector otros saberes previos. Pertenecen al género del tratado, y no de la revisión, por discurrir sin preocupación alguna por reseñar la última noticia de última hora sobre algún informe o estudio de ayer mismo, ocupándose, en cambio, en reflejar conocimientos sólidamente establecidos, porque sometidos ya a la criba de la crítica y a una sedimentación que sólo el paso del tiempo va entregando. Ese libro es, además, una obra de autor: no un tratado impersonal, acaso escrito por una inteligencia artificial en revisión

informática de repertorios de sumarios bibliográficos, sino un trabajo que sólo podía ser de tal autor concreto. Skinner, claro está, no necesita de referencias bibliográficas, ni para demostrar erudición, ni para apelar a autoridades. Así, pues, puede muy bien permitirse no mencionar más que a los grandes: Darwin, Freud, Pavlov, y algunos pocos más. Todo eso hace de su tratado un hito y un prototipo.

Una variedad del tratado se atiene a solos los “principios”, según hizo el propio James (1890 / 1994). Fue asimismo el enfoque adoptado por Hull. Había estudiado cuidadosamente y admiraba los *Principia* de Newton; y se propuso tomarlos como modelo de desarrollo formal de una teoría del comportamiento. Así es como, aparte de otras obras, escribe los *Principios de conducta* (Hull, 1943 / 1986), un legado suyo que corresponde también al género del tratado de autor, aunque en otro registro, en el de la exposición, fundamentación y formalización matemática de unas pocas leyes fundamentales.

La psicología, entretanto, se ha ido haciendo tan amplia, multidisciplinar, que no son ya provechosos ni posibles los tratados generales. En varias de sus obras, pero sobre todo quizá en su abordaje introductorio de una epistemología genética, Piaget (1950 / 1975) se mostró todavía tratadista, aunque ceñido a una psicología del desarrollo cognitivo.

El último gran intento quizá de un tratado de psicología se le debe a Bandura (1986 / 1987). *Pensamiento y acción* es un tratado enciclopédico donde se encuentra todo o casi todo. La más severa crítica que cabe hacerle es que añade poco a lo

\* El apartado “Lectura” se propone ajustarse a la habitual sección de reseña de libros, pero de modo poco convencional, no tanto para hacer recensión, y ni siquiera sólo lectura crítica, sino para abrir un debate con los autores de las obras comentadas y sometidas a examen. El esquema de trabajo y de formato va a ser el de un texto encargado desde la redacción de *Escritos de Psicología* y una oportunidad de comentario y réplica por parte del autor leído. Ese esquema requiere escoger obras con alto compromiso de autoría, sea recién aparecidas, sea, mejor, para dejarlas reposar, no tan recientes. Es de esperar que los autores acepten el desafío de reaccionar en réplica, sobre todo cuando se trata de colegas del mismo ámbito académico y capaces de asumir las discrepancias en un respeto mutuo, al que a menudo acompaña una cordial amistad, como, desde luego, ha sido el caso en esta entrega inaugural.

que el autor tenía escrito ya con anterioridad sobre cognición y conducta, sobre autoeficacia, determinismo recíproco y otros tópicos en los que Bandura había realizado, desde luego, aportaciones decisivas. Ciertamente, la ciencia no está obligada a ser entretenida, divertida, pero es mala señal que un texto científico, en particular, un tratado, no mantenga alzado el interés del lector. Este Bandura, a diferencia del autor de aquel otro tratado que fueron sus *Principios de modificación de conducta* (Bandura, 1969 / 1983) o también el de los artículos, algunos de ellos apasionantes, resulta fatigante hasta las inmediaciones del aburrimiento. Cuando un tratado no debería jamás ser aburrido, antes bien, enganchar al lector hasta hacerle leer y recorrer todas sus páginas con el placer de quien explora y se adentra a gusto en un territorio, la única disculpa puede estar acaso en que *Pensamiento y acción*, en realidad, no sea un tratado, sino más bien una enciclopedia temática o un libro de consulta, no apropiado para una lectura de la primera página a la última. En este Bandura se trasluce ya, de todos modos, la deriva de manuales y tratados hacia el formato de "revisión" en variedad ya enciclopédica o bien, aún más frecuente, de "avances" o "progresos" en una determinada disciplina o ámbito.

Tratado no es lo mismo que manual o, mucho menos, que manual con calidad didáctica, de iniciación y formación en una ciencia. Skinner, en todo caso, aventaja en rendimiento didáctico a Hull y a Bandura. Su obra es la única que podría valer también como manual o libro de texto. Aún hoy, casi medio siglo tras haberlo escrito, *Ciencia y conducta humana* permanece válido para un curso básico de psicología, mucho mejor que otros libros al uso, para ese uso, abigarrados de referencias inútiles para el estudiante.

Esa rápida mención de algunos nombres y obras ha servido para señalar algunos referentes favoritos en el poco próspero modelo de tratado. No hay en psicología muchos otros ejemplos notables. Lo que hay, lo que se edita son manuales. Estos tienen más fácil acogida y salida editorial por evidentes razones comerciales: el manual han de comprarlo y estudiarlo los alumnos; en cambio, ¿quién se interesa hoy por un tratado? Pero ésa es otra historia, como suele decirse.

En España el tratado, a la vez que manual, más difundido, con ámbito de cobertura para la entera psicología, ha sido largo tiempo el de Pinillos (1978), muchas veces reeditado. Después, ha habido, sí, libros de texto, manuales para materias o disciplinas concretas, mas no para la psicología en general, que realmente se ha multiplicado en ellas y ha dejado de ser objeto de un texto o discurso unitario. Pero apenas ha habido tratados propiamente tales, mucho menos tratados de autor. Es la razón por la que merece ser releída la obra de Marino Pérez que da pie a estos comentarios.

Antes que manual, *Tratamientos psicológicos* es un tratado en toda regla y con todo su mérito y valor: contiene una

visión comprensiva, que atiende a fundamentos, a principios, a tradiciones, a escuelas. Es modesto su encabezamiento al hablar nada más de tratamientos. Quizá el título se halla al servicio de valer como volumen de obligado estudio para una materia con aquel nombre dentro del área de Personalidad, Evaluación y Tratamientos psicológicos, de la que el autor es catedrático en la Universidad de Oviedo. Pero sin merma de ese servicio como libro de texto en la docencia, la obra es mucho más y abarca mucho más que tratamientos. Es, en rigor, un tratado básico de psicología, aunque volcada, eso sí, hacia la práctica, principalmente hacia el ejercicio de la psicología clínica. El autor realmente lo sabe y lo dice al comienzo: "la exposición de los tratamientos psicológicos es solidaria de un cierto tratamiento de la psicología" (pág. XIV). Pero incluso este anuncio promete menos y, a la vez, más de lo que habrá luego en realidad. Por un lado, la exposición de tratamientos queda muy esquemática. Es difícil que con sólo ella alguien pueda aplicarse como profesional a unos tratamientos psicológicos tan escuetamente expuestos. Ahora bien, y en excelente compensación por otro lado, hay mucho más que "un cierto tratamiento de la psicología"; hay un tratado de tomo y lomo, y no sólo por las exactas mil páginas (sin contar las prologales en números romanos) que el volumen alcanza.

Es un tratado en toda regla por un conjunto de rasgos, que desde luego lo acreditan: por confrontarse con paradigmas y concepciones rivales; por ir a las raíces epistemológicas; por aunar con acierto teoría, investigación y práctica. Es un tratado quizá no siempre asequible para el estudiante, al modo de un manual, que ha de permitir muy a pie llano el acceso de lectores por iniciar en la materia, pero está jalonado de indicaciones con valor didáctico y de guía para el estudio: tipografía variada, recuadros, resúmenes, recomendaciones de lectura.

¿Eran del todo necesarias las mil páginas? La extensión se corresponde con una cierta prolijidad, derivada a su vez de una voluntad de encerrarlo todo en el volumen, el universo de la psicología, al menos de la psicología clínica, y también de reiterar, en extracto, pero a la vez en encuadre sistemático, semejante en esto a como Bandura (1986 / 1987) hizo, lo que el autor había escrito ya en anteriores libros. Con mejor criterio que él, sin embargo, Marino Pérez no incurre en el vicio erudito —o la manía revisionista— de la multitud de citas en cada párrafo. En cambio, sí cede a menudo a la tentación de contar todo lo que sabe y de no dejar nada sin tratar. El resultado es una obra que, pese a su porte sistemático, se resiente en su arquitectura, en su diseño.

Dedicar uno de los diez capítulos a la hipnosis resulta un tanto desproporcionado. Verdad es que, cuando se compara su extensión, de 55 páginas, con la dedicada a la terapia de conducta (250 páginas), quedan colocadas las cosas en su sitio. Pero el asunto no es de páginas, sino de arquitectura:

la hipnosis no puede hallarse en el mismo plano de rúbrica capitular que la terapia de conducta o que el psicoanálisis. Ni tampoco se puede situar en ese plano a la psicoterapia adleriana (también capítulo, aunque con sólo 35 páginas), cuando, si acaso, en estatura en algo comparable a conductismo y psicoanálisis, lo que hay no es tanto Adler (o el filósofo Sartre, ahí traído a escena), cuanto una tradición algo inspirada en él, de psicología del yo, y que discurre por la producción –por lo demás, dispar y apenas adleriana– de los Hartman, Rapaport, Allport, y algunos otros nombres, como K. Horney y H. S. Sullivan, que a veces son adscritos a la familia de un neopsicoanálisis.

Sin embargo, ni la extensión ni los capítulos de enclave innecesario ponen en peligro el valor de la obra, un valor poco discutible en lo esencial y que se sustancia en su enfoque, contenido y sistematización: en el acierto al incluir el debate epistemológico –también con la filosofía, por tanto– en la discusión básica y fundamentación de la psicología como ciencia; en el reconocimiento de que en ese debate no cabe escurrir el bulo ante el adversario, de que es preciso medirse con tradiciones y paradigmas alternativos al comportamental y al cognitivo, un reconocimiento de que no puede llevarse a cabo la cimentación epistemológica de la psicología si no es en razonada confrontación, concretamente, con las tradiciones psicoanalítica y fenomenológica. Buen conocedor de éstas y asimismo de las filosofías e ideologías subyacentes a ellas, el autor despliega así un tratado donde la justificación de las posiciones propias, enunciadas a lo claro y sin componendas, pasa a través del cuerpo a cuerpo con las posiciones rivales.

Es tratado que rezuma autoría por todos los costados. Hay una “perspectiva del autor” (pág. XIII), anunciada desde el comienzo y continuamente expuesta en primer plano, también al exponer otras formaciones del escenario científico y confrontarse con ellas. De máximo valor e interés es ahí la voz propia y el distanciamiento crítico respecto no ya a las concepciones ajenas contempladas, sino también a la tradición de cuyo linaje se supone proceder y no haber abjurado. Marino Pérez no se resguarda en ortodoxias, ni siquiera en la supuestamente suya. Baste un par de botones de muestra ya en la recta final de la obra. Uno es contra la “pretensión de que [la psicología] sea una –o como una– ciencia natural”. En cuestionamiento del dogma vigente, dictamina tajante: “la psicología es científica, pero no una ciencia” (pág. 891). El otro dictamen es no menos heterodoxo: “el psicólogo que sólo sabe psicología, ni psicología sabe” (pág. 936). Glosa obvia y moraleja: para ejercer como psicólogo, hay que saber algo más que psicología. Ese “algo más” puede consistir en conocer el pensamiento filosófico (reiteradamente aducido por Marino Pérez), o también en tener experiencia de la vida, o en haber asimilado legados culturales (literarios, poemáticos, plásticos, filmicos) con vigencia en

nuestra sociedad. Ahora bien, el dictamen torpedea por debajo de la línea de flotación muchos buques de planes de estudios en psicología, de los que se ha borrado todo rastro de saber ajeno al psicológico: sin materias ni huellas ya de etología, antropología, sociología o filosofía práctica.

Marino Pérez asume un ambicioso desafío, el de desarrollar la obra “hasta culminar en la última parte, prácticamente, con una enmienda a la totalidad” (pág. XIV). Pero la culminación prometida no se alcanza. A esa enmienda se la nombra, sí, y se la bosqueja: se trata de “combinar la ciencia con el sentido común” y de hacerlo en “una psicología culturalmente orientada” (pág. 899), que es, en otra denominación, “una psicología de la vida cotidiana”, esbozada en el último capítulo. Es propuesta, en principio, muy atractiva, porque reintegra el comportamiento a la vida y permite entenderlo como una forma de vida compleja y superior. Sin embargo, las escuetas 40 páginas (menos que las dedicadas a la hipnosis) de dicho capítulo no bastan ni para pergeñar las líneas de una psicología así. Las citas –siempre interdisciplinarias, como en el resto del libro– de Ortega, Goffman, Berger y Luckman, más alguna otra del campo de la teoría social, no son suficientes para el diseño de una enmienda o un proyecto con vocación de totalidad. Nada se dice sobre el método, sobre el papel sea de la experimentación, de la observación naturalista o de los autoinformes en el estudio de la vida cotidiana: nada, en general, sobre la validez ecológica de las muestras de conducta cotidiana relevantes para la ciencia. En consecuencia, la robustez epistemológica de la obra no se ve correspondida y operacionalmente plasmada en robustez metodológica.

Tampoco es claro qué ha de entenderse por vida cotidiana y por psicología de la vida cotidiana. Con soporte de Ortega y de Husserl, se da a entender que la realidad de la vida es esa vida cotidiana y sólo ella, lo cual resulta ya de entrada cuestionable y no sólo por suscitar un enjambre de preguntas. Vida cotidiana ¿dónde?, ¿en el corazón de la “city” o en el corazón de las tinieblas?; ¿y cómo?, ¿en una mediocridad dorada, en la aventura, en el exilio o el país extraño?; ¿y de quién?, ¿del que vive de rentas o del que sólo malvive de un trabajo extenuante, precario e inhumano? Nada se dice sobre sustancia y contenidos de la vida cotidiana; sólo sobre su estructura formal en el espacio y en el tiempo.

Por otro lado, una posible comprensión, no atribuible a Marino Pérez, aunque bordeada peligrosamente de la mano de algunos compañeros de viaje epistemológico, rebaja lo cotidiano a lo trivial o a la rutina, lo que traicionaría, a fin de cuentas, a la condición humana. La psicología ¿se ocupa sólo de lo cotidiano y habitual?; y ¿hace bien en tomar eso y sólo eso como eje o como guía? Un enfoque así ¿no correspondería más bien a una etología del comportamiento de la especie humana? ¿O es que la psicología, a fin de cuentas, se resuelve y disuelve en esa etología?

El asunto es de calado como para pretender dilucidarlo en una reseña crítica. Pero, extrayendo de otras fuentes al margen de la corriente psicológica principal, al modo en que con tanto tino lo hace Marino Pérez, cabe tomar nota de otros llamamientos, en favor éstos de un estudio y una ciencia de la condición humana, no ya sólo en la franja central, habitual y rutinaria de la vida, sino también en sus extremos. Cito a Primo Levi (1995, pág. 60) rememorando su vivencia en Auschwitz: “La facultad humana de hacerse un hueco, de segregar una corteza, de levantarse alrededor una frágil barrera defensiva, aun en circunstancias que parecen desesperadas, es asombrosa y merecería un estudio detenido”. ¿No le corresponde a la psicología tal estudio, el de la excepcional capacidad humana de sobrevivir aun en las condiciones más adversas? ¿Y no le toca también examinar los mecanismos, procesos, determinantes, que contribuyen a que aparezcan Mozart y Picasso, Lou Salomé y Teresa de Calcuta? Ellos y ellas también definen la condición humana: el sentido—o los posibles sentidos—de la vida y de la acción.

Queda además un cabo suelto, deslavazado: la invocación al sentido común como elemento para combinarse con la ciencia (pág. 899). Es un brindis al sol. ¿Qué es el sentido común? Abre Descartes su *Discurso del método* con la irónica mención de que “el buen sentido es la cosa mejor repartida del mundo, pues cada cual piensa estar bien provisto de él”. Ello no quita a que el sentido común sea epistemológicamente defendible. Algún filósofo (Moore, 1959 / 1983) ha consagrado reflexiones en “defensa del sentido común”, entendido como conjunto de certezas elementales y obvias de la vida. ¿Se trata de combinar con la ciencia ese sentido común? Es, incluso entonces, una propuesta más que discutible. El sentido común nos dice que el sol gira alrededor de la tierra. La ciencia, es cierto, puede verse como un refinamiento del sentido común, pero también, según insiste cierta epistemología (Bachelard, 1949), como investigación en ruptura copernicana frente al sentido común.

Por otro lado, y dicho sin ánimo de provocar, sólo de provocar cuestiones y reflexiones: ¿dónde y cómo se plasma el sentido común?, ¿en las certezas de la gente?, ¿en las máximas populares?, ¿en la novela realista?, ¿en las versiones de Moore u otros filósofos? ¿O la apelación al sentido común es sencillamente apelación a la razón, acaso a una figura

práctica o pragmática de la racionalidad, a una razón vital y cotidiana? Son preguntas difíciles de cerrar, pero que no deberían haber quedado tan abiertas en una propuesta de psicología de la vida cotidiana, por lo demás valiosa, que se presenta como enmienda a la totalidad.

*Postscriptum:* Justo en el momento de poner fin a estas cuartillas llega a mis manos el “Esbozo de una Psicología según la razón vital”, que Heliodoro Carpintero, en sesión del 19 de diciembre, ha presentado en su discurso de recepción como académico en la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas. Para algunas de las preguntas recién formuladas, en ese discurso hay respuestas, y más que en mero esbozo, con suficiente enjundia como para otra lectura y diálogo. Bienvenido sea tan brillante bosquejo de psicología según claves del pensamiento orteguiano.

## REFERENCIAS

- Bachelard, G. (1949). *Le rationalisme appliqué*. París: P.U.F.
- Bandura, A. (1969 / 1983). *Principles of behavior modification / Principios de modificación de conducta*. Nueva York / Salamanca: Holt, Rinehart y Winston / Sígueme.
- Bandura, A. (1986 / 1987). *Social foundations of thought and action / Pensamiento y acción*. Englewood Cliffs, N.J. / Barcelona: Prentice Hall / Martínez Roca.
- Hull, C. L. (1943 / 1986). *Principles of behavior / Principios de conducta*. Nueva York / Madrid: Appleton-Century-Crofts / Debate.
- James, W. (1890 / 1994). *Principles of Psychology / Principios de Psicología*. México: Fondo Cultura Económica.
- Levi, P. (1995). *Si esto es un hombre*. Barcelona: Muchnik.
- Moore, G. E. (1959 / 1983). *Philosophical Papers / Defensa del sentido común y otros ensayos*. Londres / Barcelona: Allen y Unwin / Orbis.
- Piaget, J. (1950 / 1975). *Introduction à l'Épistémologie génétique / Introducción a la epistemología genética*. París / Buenos Aires: P.U.F. / Paidós.
- Pinillos, J. L. (1978). *Principios de Psicología*. Madrid: Alianza.
- Skinner, B. F. (1953 / 1969). *Science and human behavior / Ciencia y conducta humana*. Nueva York / Barcelona: The MacMillan Company / Fontanella.